



LA LIDIA

Revista Taurina Ilustrada.

Administración: Calle del Arenal, 27.—Madrid.

PRECIOS PARA LA VENTA		PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN		NÚMEROS ATRASADOS	
25 números ordinarios.....	Ptas. 2,50	Madrid: trimestre.....	Ptas. 2,50	Ordinario.....	Ptas. 0,25
25 » extraordinarios. »	5	Provincias: ».....	3	Extraordinario.....	0,50
		Extranjero: año.....	15		

Quedan reservados todos los derechos de reproducción.

AÑO XVII

NÚMERO 7

Numero ordinario. ¡ MADRID: Lunes 2 de Mayo de 1898. ¡ Precio: 15 céntimos.

MALA SEMILLA

ENFRENTA de los modernos errores taurinos, las viejas afirmaciones del arte clásico; contra las vociferancias de una juventud mal educada con las prácticas viciosas del presente, la oposición firme, tenaz y convincente de las grandes verdades de la purista escuela. No hay avenencia posible, no puede haberla, porque la verdad y la mentira son las antítesis de toda la vida, y juntarlas y amalgamarlas es un sueño que no realizarían los alquimistas más sabios.

Es labor penosa y dura la de sostener infatigable la razón contra la sinrazón; ánimos que desfallecen, espíritus que se retuercen en la impotencia; quien, cansado, vuelve la espalda hartado de la lucha; quien sosteniendo hoy una cosa, mañana otra, abomina de la buena causa, y los aplausos y vitores que tuvieron para ensalzar lo bueno y correcto, tradúcenlos con pase al campo enemigo, glorificando lo absurdo con denegación completa de la dignidad.

¡Qué escándalo!

Pocos, pues, estamos en la brecha; pero la sinceridad de nuestra buena causa abona el mérito de ella, y aunque la lucha se esterilice, porque hay ciegos de entendimiento y voluntad, nuestro deber es no cejar una línea de la avanzada en que estamos; y empleando el escoplo y el mazo, abrir, á fuerza de duros golpes, esos encéfalos donde los errores anidan.

El desconcierto y desbarajuste á que hemos llegado gradualmente, consintiendo las imposiciones de unos, los caprichos absurdos de los otros, la mala voluntad bajo melifluas formas, el abandono de las autoridades, y en suma, esa red tendida para que en sus mallas queden aprisionados tantos incautos como se alucinan de la exterioridad, sin llegar nunca al fondo verdadero, si nadando sobre la tersa superficie de las cosas hallan su placer y satisfacciones, han logrado traducir en el hecho fijo y positivo la bondad de estos tiempos mejores á cuantos pasaron, y que se diga con desprecio, si no con iracundia, que el progreso no había de hallar barreras infranqueables en el toro, y por tanto, éste, obedeciendo á ley natural y metódica de acción, lugar y tiempo, había de modificarse variando su sistema aunque la esencia quedase incólume.

¡La esencia! ¡La esencia! ¿Y cuál es ella?

No querrá verla quien sostenga el mérito del abuso. ¿Es esencia de toro medir á todas las reses por el mismo rasero de lidia? ¿Aparar, fatigar, marear, reventar, en una palabra, al misero *cuatreño*, cuyos tendones y cuyos huesos no tienen la dureza ni tensión apropiadas para esa lucha artera, sofocante, de índole depravada, es cosa que supone esencialidad del arte?

Públicos ébrios de amor por las gracias de los artistas; públicos afeminados que hacen sistema de un toro de *olé* que no conocieron los antiguos aficionados; públicos que se dislocan ante la pirueta del banderillero ó las brutalidades de los espadas ignorantes que juegan el azar de las sueltas á cara ó cruz, cual si el arte fuese acéfalo, merccen la albarda que con toda dignidad debe exhibir el esclavo de sus pasiones, no el ser inteligente que conoce, discute y razona sobre la materia puesta á su alcance, que ni es tan nueva que no cuente su historia por siglos, ni tan confusa que no se determinen con toda claridad sus méritos y valores, lo absurdo de lo realizable.

A medida que se aproxima nueva temporada taurina, crecen los regocijos, aumentan los entusiasmos,

no por las fiestas en perspectiva, no porque la afición se decida á velar por sus legítimos intereses, que deben ser los de la pureza del arte, sino porque va á codearse con los toreros. con esos dioses ó semidioses que la fulgurante llama de la poesía ridícula por lo bizantina, ha creado para el propio deleite.

Los antiguos aficionados no conocieron esa idolatría, tan perniciosa como altamente bajandina, que hace del afecto á presenciar las lides taurinas un adorador estúpido de todo torero, llamando *maestros* (!) á pésimos é incipientes estoqueadores; picadores de fama, á quienes cada vara cuesta un caballo, y banderilleros colosales á los que, por cobardía y rutina, no salen de una suerte constante en ellos, mixtificándola, porque todavía no han logrado saber qué es verdadero cuarteo, ni si debe existir algo que se parezca á pundonor y vergüenza, para terminar, sin esas salidas en falso, donde de manifiesto ponen que ni por cabeza ni por corazón deben llamarse toreros en el sentido único y verdadero de ese dictado.

Todo, todo se va entendiendo al revés. Ha llegado el infelice tiempo que se diga que Fulano es buen director de Plaza, porque desconociendo sus deberes y seriedad, se entra en los corrales ó cuadras de la Plaza á hacer que salgan los picadores; y para mayor desconocimiento de su rango de primer espada, se vea el ejemplo, jamás presenciado en tiempos antiguos, de salir tirando de la rienda de un caballo, usurpando este bajo papel al mozo de plaza, cuya contrata de tres ó cuatro pesetas le obliga á esas ayudas, para imprimir mayor velocidad al bruto famélico é inobediente al bocado y la espuela.

Llaman peón inteligentísimo y de una brega sublime, al que por nervios salta, brinca y corre en todas direcciones, convirtiendo el ruedo en corrida de galgos; siendo incansable, metiéndose en todo, capoteándolo todo, llevándose las reses de acá para allá sin más fin artístico que su capricho, ni otro deseo de que se vea lo bien que cumple y cómo está en todo, quien á tener por jefe un verdadero director de Plaza, ó sería despedido de la cuadrilla por torero dudoso, ó reprendido tan duramente ante el público, que éste le demostrase con una silba el aprecio que hacía de facultades tan asombrosas como exageradas para torear.

Se dice que en estos tiempos no se pueden mandar los hombres como lo hicieron Montes, Redondo, Domínguez y aun el mismo Cayetano, que también perteneció á la escuela del toro serio; y los que tal afirman, son los primeros en tratar como parias á los individuos de sus cuadrillas en cuanto éstos dejan de defenderles con la lengua, ó con el garrote, en cualquier sitio, calle, café ó reunión de aficionados donde se critique á tales espadas, mostrándose en estos casos tan serviles, que si á referirse fueran casos y lances, habría que invertir una resma de papel. ¿Cómo sujetos tan dóciles á la voluntad ajena, son útiles para oír en el terreno privado los más denigrantes diceríos, y en la Plaza se capacitan á sí mismos, mostrándose afectos á la rebeldía ante sus jefes, con el mayor desdoro, y por ende inobedientes á los mandatos?

Esta no es más que una de las fases de la comedia que tan bien aprendida se tienen los actores cómicos del desvenecjado arte taurino; y puesto que la verdad está demás y la mentira es la que impera, de acuerdo unos y otros van al avío por pura malicia, con desdoro del arte mismo, afirmando cada año más el sistema de conspiración para destruir al ganado, con tal que de esta ruina surja la bondad de un toro á todas luces falso, aunque su fugaz brillo deslumbró á la moderna afición que, entontecida, aplauda á rabiar lo

que merece la reprobación de todos ó el silencio despreciativo.

En vano hay que esperar nada práctico ni resolutivo de las condicionales de los Reglamentos de toros; puros alardes de erudición cuando en la confección de ellos intervinieron conspicuos inteligentes, nada útil resulta en cuanto que la alta inspección y la directiva de las corridas de toros competen á las autoridades.

Por un mal entendido acomodo, por no extremar su celo defendiendo lo escrito, y poniendo á raya á los que por todos los medios trabajan por taladrar disposiciones preventivas de un alto fin moral, como es satisfacer á un público que sostiene tan hermoso festejo, hay que dar por descontada la influencia del poder gubernativo civil para que terminen los innumerables abusos que tan conocidos son de los buenos inteligentes, y fiarlo todo á la perseverancia de los que, no transigiendo con nada que no sea lo útil, necesario y legítimo, puedan ir poco á poco destruyendo el artificio, formado á costa de la mala fe y abandono de muchos. En las grandes capitales donde son más frecuentes los festivales taurinos, existen pequeños núcleos de buenos aficionados, que pueden muy bien tomar provechosas iniciativas, constituirse como fiscales de la buena doctrina taurómaca, y por la persuasión de la palabra inteligente, lograr que aumente el número de adictos á la regeneradora idea. Conseguido ésto, que es muy importante como cimentación para el porvenir, la labor más entusiástica debe desarrollarse y complementarse en las Plazas, constituyendo grupo aparte del indocto público y de los *juerguistas* que van á *jalear* las contorsiones, los *quites triples* (!) y la portentosa ridícula suerte del *al alimón*, suerte privativa de los catetos en las capeas en los pueblos, con lo que se patentiza el mérito y dificultad que encierra ese esperpento artístico, resucitado há una veintena de años en las Plazas donde se dice que concurre la nata y flor de la inteligencia.

¿Cómo van á ir los aficionados viejos por ese arcañuz del churriguerismo taurino?

¿Cómo sumarse á esos entusiasmos hijos de la ignorancia de la mayoría de los públicos; de la testarudez de los modernos sabios lidiadores que así juegan con el prestigio del verdadero arte tirándolo por los suelos?

Imposible que lo falso sea la verdad y el *camelismo* arte serio. Aquí hay que hacer un espurgo; aquí hay que demostrar mucha severidad para sostener con gran tesón las prerrogativas justas de la buena escuela, y para esto se necesita arrancar la mala semilla que al calor de tanto falso maestro ha crecido, invadiendo el campo leal, donde espigaba fructífero el clásico arte.

Tarea enojosa es; pero con la buena voluntad por guía, y la amable consociabilidad de adictos al presente género de propaganda, brecha haremos en las huestes del error, tratando de convencerlas hasta que depongan su altivez, y reconozcan que tanta vacuidad sólo aprovecha á los que saben valerse de esa falta de buen juicio para ir á un fin preconcebido, que no es otro que negociar de mala manera, escalando audaces el templo de la Fortuna.

A. RAMÍREZ BERNAL

Málaga 7 Abril 1898.

LA LIDIA



